

CAPÍTULO UNO



La dama desaparece

Había dejado de llover, las nubes se iban con el viento y el cielo de verano alegraba los ojos de los vecinos de París. A las nueve en punto de ese martes 22 de agosto de 1911 el Museo del Louvre abrió sus puertas. Tan solo un visitante hacía la fila para entrar: un jovencito flaco como un espárrago, con la ropa húmeda, y la boca entreabierta que exponía una dentadura perfecta. Su nombre era Jules Chigot y tenía veinte años. Se ganaba la vida haciendo copias de pinturas célebres y por eso concurría casi a diario al salón Carré, donde se exponían obras maestras. Los empleados, al verlo llegar murmuraban: “Ahí viene el Mono Liso”, apodo que le habían puesto sin que él lo supiera.

El día no había empezado bien para Jules: camino al museo resbaló en un charco, cayó, se le abrió la valija con pinceles y pinturas, el atril se embadurnó de barro junto con el pantalón: un desastre.

Logró quitar el lodo gracias al agua de una fuente, en el Jardín de las Tullerías, mientras un cuervo parecía burlarse del accidente



con graznidos clamorosos. Sintió furia contra las autoridades del museo, porque si bien le habían otorgado un permiso para permanecer horas en el salón, no dieron lugar al pedido de poder dejar allí mismo los elementos de trabajo.

Jules sentía que el museo era una extensión de su casa —un mínimo cuartucho cerca de la catedral de Notre Dame—, pero los guardias le recordaban que no, que el museo era del estado, es decir de todos los ciudadanos. Y que, si a todos los ciudadanos se les antojaba dejar allí sus pertenencias, pasaría de ser un museo de arte a un depósito de bártulos. En fin, Jules no estaba para bromas.

Solo una cosa podía cambiarle el humor: la Mona Lisa.

Subió resoplando las escaleras, ansioso por encontrarse con el objeto de su veneración: una diosa hecha de pigmentos, de luz, de color. Pero en el rectángulo de pared dedicado al cuadro, no había nada. Solo cuatro clavijas de metal.

Sabía que los culpables eran esos horribles empleados de la firma *Adolphe Braun & Cía*. La famosa casa de fotografía tenía su propio estudio dentro del museo para fotografiar a gusto las obras de arte, los días lunes. Solamente los lunes. Las retiraban y las volvían a su sitio durante la jornada. Eso, en los papeles, porque en los hechos solían retener un cuadro durante dos o tres días. El museo se beneficiaba porque tenía excelentes fotos de sus colecciones, pero la medida era resistida por periodistas, críticos de arte y público en general. Jules estalló:

—¡Estoy harto! ¡Harto! Malditos sean los fotógrafos. ¡No sirven para nada! Solo retratan en minutos lo que a los genios les llevó días, semanas, meses, años. ¡Y ni siquiera devuelven las obras a tiempo! ¡Brigadier Poupardin, disculpe usted!

—¿Qué ocurre, señor Mon... Chigot? —se acercó un hombre con cara de sueño, el brigadier Poupardin, el jefe de los guardias (y el que le había puesto el apodo de Mono Liso).



—¿Podría decirles a esos desagradables sujetos del departamento de fotografía que traigan el cuadro?

—Offf, hmmm, veré si pueden acelerar la devolución —respondió el brigadier.

Bostezó, mientras pensaba que había que aguantar las ínfulas de los artistas.

Ya fuera de la vista del impaciente copista, Poupardin pasó por la cocina, en el piso de abajo, donde lo esperaba un succulento desayuno. No sabía mucho de arte, pero era el mejor consumidor de *croissant* y magdalenas de las dos orillas del Sena. Para él, la invención de la mantequilla era el equivalente a la Venus de Milo.

Después, fue hacia el estudio donde dos atribulados empleados le dijeron que ellos no habían retirado el cuadro. Poupardin, como sin dar crédito, dijo:

—¿Están seguros?

—Pues... ¡es la Mona Lisa! ¿Cómo podríamos no estarlo?

En ese preciso instante, el brigadier Poupardin comprendió que algo malo había ocurrido. No era tonto. Si La Gioconda no estaba en el salón Carré y no estaba tampoco en el estudio de fotografía... ¡no estaba! Solo faltaba medir la magnitud de ese “no estar”. Porque nada desaparece, a lo sumo cambia de lugar.

Mandó a llamar a todos los guardias y les ordenó revisar el museo entero.

Y entonces, hubo una noticia peor. Mucho peor. Terriblemente peor. Un guardia halló, en el descanso de unas escaleras, el marco y el escudo de vidrio, sin la pintura. En pocas palabras, el cuadro más famoso de Leonardo da Vinci había sido robado. El infierno se desataría sobre el brigadier Poupardin. El infierno y todos sus demonios. ¿Quién podría haber robado el cuadro?

—No me explico. Nuestra vigilancia es estricta. Solo el diablo pudo haber sido —dijo ante el asentimiento de los guardias.



El discurso fue interrumpido por un ardor estomacal subrepticio, producto del mantecoso y celestial desayuno, que ya empezaba a caerle pesado.


—Hay que llamar a la policía —dijo Jules, consternado, que había decidido no moverse de la escena.

—¿Por qué? —respondió Poupardin.

—¡Porque se robaron a La Gioconda, brigadier!

El copista señaló la pared vacía con lágrimas en los ojos.

Poupardin sabía que debía hacer lo correcto: denunciar el robo. Pero eso era, también, enfrentarse al escarnio de sus jefes y de toda la comunidad.



René Didot, oficial de la policía judicial, sospechaba que había un caso grande cuando fue citado por el propio prefecto, el jefe de toda la policía de París, Louis Lépine, en la *Préfecture de Police*, un imponente palacio frente al río Sena. Didot aparentaba bastante menos de sus treinta y seis años: delgado, pelo lacio, castaño, ojos grises, bigote y una pinta general de jovencito recién salido del liceo, sonrisa fácil y una manera de moverse algo distraída, que lo mimetizaba con la multitud. Él llamaba a su método de observación “acechar sin alarmar”, como los felinos. Didot ya había resuelto varios casos resonantes y se le había conferido una autonomía por fuera de lo normal. El prefecto Lépine era un hombre de sesenta y cinco años, con un abdomen que ganaba “tierra al río”, como él mismo solía decir, que usaba galera incluso en verano, con barba candado y ojos que parecían salirse de sus órbitas.

Didot no era el único citado, para su sorpresa. Con él, eran un total de sesenta inspectores.

PREFECTURA DE POLICÍA...



USTEDES SON
MIS MEJORES
HOMBRES...



Y ESTA MISMA TARDE
DEBERÁN RESOLVER
UN ASUNTO DE
INTERÉS NACIONAL:

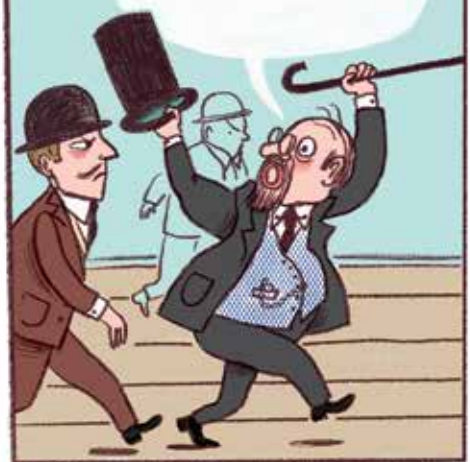


¡EL ROBO DE LA
GIOCONDA EN
EL MUSEO DEL
LOUVRE!

SOSPECHAMOS QUE EL LADRÓN NO HA PODIDO SACAR EL CUADRO TODAVÍA, Y QUE DEBE ESTAR EN ALGÚN ESCONDRIJO.



¡VAMOS POR ÉL!



MUSEO DEL LOUVRE, MEDIA HORA DESPUÉS...



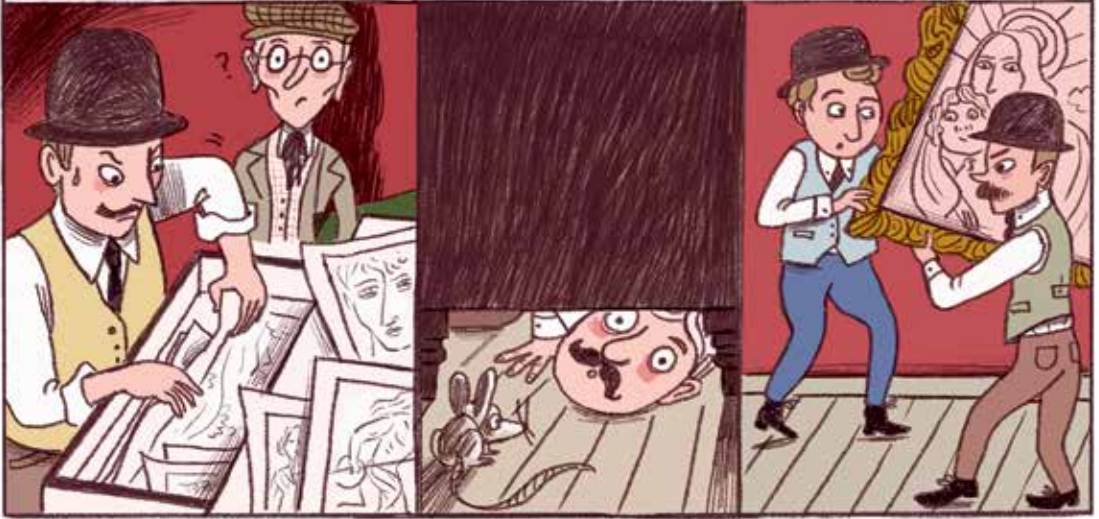
¡A TRABAJAR, SEÑORES!



¿?



LOS INSPECTORES REVISARON CADA CENTÍMETRO DEL GIGANTESCO PALACIO EN BUSCA DE LA TELA.



DISCULPE, SEÑOR,
PERO NO ENTIENDO QUÉ
BUSCA EXACTAMENTE
EN ESE CAJONCITO.



LA TELA,
CABALLERO.

Y SI ME
PERMITE,
DÉJEME HACER
MI TAREA.



ES QUE NO
HAY NINGUNA
TELA...



LA MONA LISA ES UN
CUADRO PINTADO
SOBRE UNA MADERA.





Jules encontraba absurda esa posibilidad, aunque lo estremecía pensar que alguien la hubiera robado solo para destruirla.

El propio Didot le extendió su mano en señal de agradecimiento.

Después de varias horas de búsqueda inútil, Lépine asumió que el cuadro ya no estaba en el Louvre. La noticia ganó la calle y los habitantes de París no hablaban de otra cosa. Por orden superior, el museo cerró sus puertas.

Al día siguiente un columnista de *Le Petit Parisien* escribió: “Ahora que robaron el pájaro, cerraron la jaula”.

Un vendedor de periódicos, más poético, voceaba: “¡Se han robado la sonrisa! ¡Desapareció la Mona Lisa!”.

Hacia el final de ese patético día, René Didot recibió la orden del prefecto:

—El caso está en sus manos. Hemos hecho el ridículo y yo tengo demasiados frentes abiertos en qué ocuparme. Tendrá todos los hombres que quiera a su servicio y los recursos que eventualmente necesite. Cuando tenga noticias, me informa.

